



HAL
open science

Memoria y testimonio en la historia reciente de Latinoamérica y España

María Palmira Vélez Jiménez

► **To cite this version:**

María Palmira Vélez Jiménez. Memoria y testimonio en la historia reciente de Latinoamérica y España. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.1784-1803. halshs-00531297

HAL Id: halshs-00531297

<https://shs.hal.science/halshs-00531297>

Submitted on 2 Nov 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

MEMORIA Y TESTIMONIO EN LA HISTORIA RECIENTE DE LATINOAMÉRICA Y ESPAÑA

M^a Palmira Vélez Jiménez
Universidad de Zaragoza
España

El retorno a la democracia en los años ochenta en varios países latinoamericanos y en España, trajo a sus respectivos debates políticos la cuestión de la memoria y la reparación de las víctimas de la dictadura. La reactivación del recuerdo provocó entonces cambios en la valoración de los primeros testimonios escritos, concebidos en su día como peculiar arma de combate en el exilio. Mi objetivo es comparar algunos de ellos con los rescatados por «Amarga Memoria», proyecto del Gobierno de Aragón (España) desde 2004, especialmente la memoria del republicano aragonés deportado en Mauthausen, Mariano Constante.

En el debate político cotidiano de un buen número de países latinoamericanos y en España, como resultado del proceso de retorno a la democracia en los años ochenta, ha ido apareciendo la cuestión de la memoria –individual y colectiva, social- y la reparación de las víctimas de las dictaduras. Se trata de países que comparten algunas características históricas: una historia colonial común y una larga historia de fronteras porosas; una experiencia de represión coordinada (Operación Cóndor, Archivos del Terror...); unas redes de solidaridad y de defensa de los derechos humanos conformadas en tiempos de las dictaduras que siguen activas; y, por último, unas Transiciones relacionadas, interdependientes y ambiguas.

La reactivación del recuerdo ha dado lugar, así, a una importante actividad memorial, cuyo papel en las políticas públicas ha aumentado considerablemente, a la vez que ha ido modificándose la valoración del testimonio, desde una primera caracterización como una nueva forma de combate en el exilio (¿soldados de la memoria?), hasta los usos y el auge de los testimonios en las Transiciones tanto escritos como orales (recogidos y sistematizados por los activistas de derechos humanos o por jueces, abogados y fiscales con ocasión de los juicios). Mi objetivo es acercarme a algunos testimonios y compararlos con ciertos «rescates» –reediciones- y novedades del Proyecto llamado «Amarga Memoria» del Gobierno de Aragón (España) desde 2004, en el apartado de lucha contra el fascismo y aragoneses en los campos de exterminio nazis, cuyo ejemplo paradigmático podría ser Mariano Constante (1920-2010), deportado cinco años en el de Mauthausen.

Los testimonios, que son construcciones, construcciones reflexivas de una experiencia propia, vivida y particular, tienen, en la medida en que se repiten en lo sustancial, una asumida verdad jurídica, de reparación; pero es más difícil aceptarlos tal cual como fuente histórica, y, desde luego, el testigo no ha sido una figura presente en la Filosofía por su naturaleza subjetiva, no racional, como recuerda a propósito de su autoridad Reyes Mate¹. La memoria cotiza ahora al alza, podríamos decir, pero no siempre ha sido así. Ha ganado en prestigio e importancia desde las últimas décadas porque, entre otras cosas, se ha convertido en una especialidad académica, con revista propia, abundantes proyectos internacionales y líneas de investigación, debates entre historiadores, etc. Los estudios sobre la memoria se han convertido en vía privilegiada para el estudio de la historia reciente (el caso de L. A. Romero en Argentina es representativo). Pero posiblemente el mayor logro, aun siendo lo anterior un avance importante, ha sido la superación de una desordenada eclosión de memorias o, mejor dicho, la aceptación de la Memoria por parte de la Historia como una forma indiciaria de conocimiento, a través de las víctimas, de determinados aspectos del pasado que tienen fuerte significación en el presente. No es que ahora las víctimas tengan más espacio mediático y se visibilicen más -aun cuando pueda haber algo de esto también- sino sobre todo que la historia ya no puede referirse a ellas como el precio inevitable a pagar por el progreso, un progreso sospechosamente lineal, elitista e ilustrado. La Memoria *per se* no resuelve, pero evidencia fallas de heridas no cerradas. Lo interesante es, pues, ver dónde se cruza con la Historia y analizar esas encrucijadas. Un problema añadido es la llamada «guerra de memorias», es decir, la rivalidad creciente entre memorias y la competencia en el ranking de víctimas. Y no debemos dejar de mencionar el

1. Manuel Reyes Mate, *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Trotta, Madrid, 2003, p. 171.

incremento vertiginoso de las conmemoraciones, el cual es complementario a la aceleración del tiempo social actual que promueve la disolución de las experiencias históricas a favor de un continuo presente. Mi propósito en estas líneas consistirá en hacer lo que genera unanimidad entre los colegas historiadores y ha acertado a expresar la socióloga argentina Elizabeth Jelin: «`historizar` las memorias, o sea, reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar asignado a las memorias en diferentes sociedades, climas culturales, espacios de luchas políticas e ideológicas»². Dicho de otro modo, radicará en hacer un análisis de algunos testimonios unipersonales escritos tras una experiencia represiva en el Cono Sur latinoamericano y en la España fascista, y reeditados o reimpresos en tiempos democráticos recientes. Se trata, pues, de examinar la evolución en el tiempo de un testimonio escrito; de averiguar, en definitiva, la relación que hay entre el testimonio y su uso *a posteriori* por el propio testigo, si es el caso, y por el grupo social al que va dirigido el relato: una relación compleja, que no depende del simple enunciado testimonial, sino en la que importan -y mucho- los paratextos, esto es: portada, prólogos y epílogos, si los hay de antes o se añaden *ex novo*, colección editorial, fotografías intercaladas en el texto, dedicatorias o apartado de agradecimientos... Porque estamos hablando de textos que son testimonios de víctimas (voces silenciadas) supervivientes (por suerte o por habilidad) de campos de exterminio o centros clandestinos de detención, que buscan dar a conocer su experiencia e involucrar al lector en el papel de juez. Llegará un momento en que ya no existan físicamente narradores de testimonio, por pura ley de vida, y parezca inexorable la pérdida con ellos de su memoria. ¿Qué hacer entonces? Un lúcido deportado español que se desempeñó entre 1988-91 como ministro de Cultura en el gabinete socialista de Felipe González, Jorge Semprún, lanzaba no hace mucho una propuesta aparentemente irrespetuosa: abordar la memoria desde la ficción narrativa, o sea, novelizarla. Ya lo hizo, recuerda, David Rousset en 1947, y el resultado -*Los días de nuestra muerte*- fue en su opinión el primer gran libro de literatura concentracionaria, si bien el éxito de público no le acompañó entonces³. Pero a continuación Semprún se pregunta, siguiendo a la ensayista francesa Rachel Ertel, si los fusilamientos

2. Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2002, p. 2. Por motivos de espacio debemos desestimar el tratamiento en la escuela de esos testimonios, así como el interesante testimonio audiovisual.

3. Jorge Semprún, «El Holocausto 60 años después», *El País Semanal*, Núm. 1.478, Madrid, Domingo 23 de enero de 2005, p. 34. Propuesta interesante que, salvando las distancias, me hace pensar en la preferencia de mis alumnos de «La memoria filmada. Historia reciente de América Latina con medios audiovisuales», tras haber visionado *La historia oficial*, del argentino Luis Puenzo, de una ficción antes que la inmediatez y el «realismo» de un documental. Otro ejemplo destacable es *El palacio de la risa* (1995), novela de Germán Marín sobre el reencuentro del personaje principal con su historia personal (novia torturadora) y nacional durante su retorno del exilio a la derruida Villa Grimaldi.

de madrileños el 3 de mayo de 1808 por las tropas napoleónicas o si la destrucción de Guernica por aviones alemanes en 1937 serían recordados igual si no existieran las pinturas de Goya y Picasso, respectivamente, que los rememoran. Sabemos que la memoria preserva el pasado para sacarle utilidad en el presente (reconocimiento, reparación) y en el futuro («nunca más»). El pasado que guardará la memoria –un pasado que, a veces, se resiste a pasar o un pasado, por el contrario, omnipresente- no es otro que uno derivado de experiencias traumáticas, una vez que se ha salido de ellas y se ha entrado colectivamente en un régimen democrático. Es decir, la memoria tiene la función de afirmar la identidad y el sentido de pertenencia en unos momentos institucionalmente democráticos, en los cuales, no obstante, la «rendición de cuentas» con el pasado no ha llegado a quedar resuelta de manera satisfactoria para un sector importante del tejido social.

Mas para poder llegar hasta ahí, ha de saberse antes qué factores condicionan el narrar la experiencia –en caso de convocatoria judicial, si se escribió el testimonio antes, durante o después del juicio; si se presta ante un medio de comunicación de masas o un investigador social; o si el testimonio es de hombre o mujer, por ejemplo⁴.

Los testimonios son una parte de la memoria, a través de la historia oral, que tiene la capacidad de acercarse, desde abajo, a la cotidianidad y formas de historicidad no registradas convencionalmente, lo que amplía el acervo documental al historiador y le abre nuevas fuentes de investigación. Es ésta una ventaja indudable del testimonio que no invalida, sin embargo, la crítica mayor que se le hace, a saber, la de ser subjetivo con la situación extrema narrada y, en consecuencia, de naturaleza única y particular, pues un testimonio nunca va a ser idéntico a otro aunque ambos se parezcan y tengan puntos en común. Cada testimonio tendrá, además, un significado preciso dependiendo del tipo de sujeto que interactúa: mero espectador; o protagonista del hecho central de su vida que lo acompañará siempre y que, en algunos casos, le conducirá a un final trágico; o portador de un «pedazo de historia» que trabajosa y conscientemente se esfuerza en olvidar. Cuando la persona, cualquier persona, narra, no cuenta en principio exactamente lo que le pasó tal como era o siquiera lo vivió, sino que lo que hace es darle un significado; esto quiere decir que está seleccionando, consciente o inconscientemente, sus recuerdos o atravesándolos por experiencias posteriores a la narrada en una urdimbre de creencias, actitudes y valores de los que no puede desprenderse porque constituyen su propia identidad social. Para filtrar eso hay que ver cómo se une la experiencia individual con la realidad histórica, que es, por definición, social, colectiva. Por lo tanto, este es el punto del camino común realmente más conflictivo en la relación Historia-Memoria. La historia no es memoria, ni siquiera

4. Elizabeth Jelin, *Los trabajos...*, pp. 107-115.

memorias en plural. Pero la memoria sí es una parte importante de la disciplina de la historia, especialmente elocuente y útil en momentos de tránsito.

Pilar Calveiro, docente argentina de la Universidad mexicana de Puebla que estuvo en su día presa en la ESMA, ha escrito recientemente sobre las distintas maneras en que las sociedades guardan memoria: acalladas, pero que irrumpen de forma imprevisible, indirectas; intencionales, abiertas, buscadas para básicamente comprender lo ocurrido o hacer justicia, para conscientemente no olvidar, para formular demandas éticas y ejercer resistencia a relatos cómodos que llamaríamos ´políticamente correctos`. Esta memoria –recuerda- es sobre todo el acto conectado casi invariablemente a la escritura. Pero las diversas formas de entender y practicar la memoria están vinculadas con los usos políticos que se le dan a la misma en el presente. Lo indiscutible es que no hay memorias neutrales, sino formas diferentes de articular lo vivido con el presente. O sea, en esa articulación, y no en una relectura del pasado es donde está la carga política de la memoria⁵. La memoria, esa «historia vivida» del profesor Aróstegui⁶ es como un tatuaje en el cuerpo individual o colectivo, que queda fijado y que a la vez se comparte y transfiere ¿Cómo? Mediante relatos no inmunes a las contradicciones, ambivalencias y ambigüedades que, al contrario del ejercicio histórico, nadie trata de estructurar y homogeneizar. O sea, no estamos ante piezas de un rompecabezas, con un sitio para cada pieza y cada fragmento en su lugar, siempre igual, sino más bien ante ladrillos de una construcción lego: por tanto, ni relato único ni menos aun dueños de la memoria. Enzo Traverso, por su parte, recoge la idea, basándose en Paul Ricoeur, del estatuto ´matricial` de la memoria, así como la de que la Historia nace de la memoria, y es, en última instancia, una parte de ella; la relación entre ambas se ha venido reconfigurando en una ´tensión dinámica` (desde los años sesenta con E. P. Thompson, C. Ginzburg, la Historia de las mujeres, los *subaltern studies*...). El autor italiano se pronunciará por una ´empatía crítica` que implica que no hay una separación infranqueable entre historia y memoria (discrepando, por tanto, de la dicotomía observada por el pionero M. Halbwachs o incluso P. Nora)⁷.

Si la memoria se reconstruye en el tiempo, de modo que lo recordado varía según el momento en que se recuerda, las fallas de memoria no son falta de fidelidad, sino algo inherente a la propia memoria. Porque la memoria no es un acto que arranca del pasado hacia el presente sino del

5. Pilar Calveiro, 2006, «Testimonio y memoria en el relato histórico», *Acta Poética*, 27 (2), otoño 2006, p.65.

6. Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid, 2004.

7. Enzo Traverso, *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales, Madrid, 2007, pp. 21-38.

presente hacia el pasado. Son los peligros del presente los que convocan a la memoria como un relámpago que alumbra, pero además como forma de por-venir. En esa conexión de sentidos pasado-presente para su mutua iluminación se localiza la fidelidad y el valor de la memoria, antes que en la rememoración de hechos entendidos extraordinarios y aislados. Es, pues, la memoria, una bisagra, una «puerta giratoria» la llama Reyes Mate⁸, entre pasado, presente y futuro, pero no necesariamente una práctica resistente, ya que puede ser funcional al poder según se acople a los desafíos del presente. Si la memoria se ejerce con categorías del presente prescindiendo del sentido que tuvo para los protagonistas de entonces se acabará de este modo traicionando todo su sentido proyectivo, como trataremos de ver más adelante.

Lugares y fechas concretas son activadores del recuerdo de los sujetos, y como tales son también un camino para explorar los vehículos o vectores de la memoria -entre otros los medios de comunicación, los sujetos, el Estado, que son transmisores de la misma. El peligro en este punto, como bien ha estudiado Ricard Vinyes, es lo que él llama «museificación ecuménica» y privatización de la memoria (el «tótem» del «sujeto-víctima»)⁹.

Una posible definición de testigo, más allá de la enciclopédica de fedatario, persona que da testimonio de una cosa, o la atestigua, la desarrolla Pierre Nora: «lo que queda del pasado en lo vivido por los grupos, o bien lo que estos grupos hacen del pasado»¹⁰; la memoria de los hechos siempre tiene como soporte un grupo, haya estado implicado, haya sufrido las consecuencias o haya recibido el relato de los actores o espectadores de los mismos. O sea, que para que haya memoria tiene que haber un grupo que recuerda y que en el pasado haya sido testigo o actor de los acontecimientos que narra; pero, además, si la memoria colectiva sólo retiene del pasado lo que está vivo o lo que es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene, si por definición la memoria no excede los límites de ese grupo y, por lo tanto, no se extiende más que hasta donde puede, o sea, hasta donde llega la memoria del grupo que la conforma, entonces existen varias memorias colectivas, dependiendo de la importancia que tengan los mismos hechos para distintos grupos sociales porque no les afectan de la misma manera: la memoria es siempre memoria de un grupo limitado en el tiempo y en el espacio, y los hechos del pasado son sólo los que se desprenden de la memoria del grupo que conserva

8. Manuel Reyes Mate, *Memoria...*, p. 170.

9. Ricard Vinyes, «Políticas públicas de reparación y memoria en España», en José Babiano (ed.) *Represión, derechos humanos, memoria y archivos. Una perspectiva latinoamericana*. Fundación 1º de mayo-Ediciones GPS, Madrid, 2010, p. 61.

10. Cfr. En Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 178.

su recuerdo. No obstante, registramos cuestionamientos o matices a esta aserción. Alejandro Baer, por ejemplo, consciente de la influencia de las tecnologías de la imagen, la información y la comunicación, es uno de los que se preguntan si hoy en día se puede seguir hablando de comunidades de memoria, dado que existe una serie de factores que estaría erosionando las memorias colectivas asociadas a grupos (por diversos motivos: homogeneización del espacio; creciente movilidad de los individuos, desenclave geográfico, impacto de la información, ubicuidad de las imágenes, desestructuración del tiempo...) ¹¹.

En 1977 el franco-chileno Michel Bonnefoy, perteneciente al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), organización situada a la izquierda y fuera del gobierno allendista de la Unidad Popular (1970-73), publicó en España, país donde se había exiliado, en la barcelonesa editorial Blume doscientas cuarenta y nueve páginas de un *Relato en el frente chileno*, en realidad su terrible experiencia en Villa Grimaldi. Lo publicó bajo el pseudónimo de Ilario Da y con nombres ficticios en el cuerpo del texto por obvios motivos de seguridad. Veinticinco años después la editorial chilena LOM en el marco de las actividades conmemorativas de los 30 años del golpe le propuso reeditarlo «como una manera de rescatar algunas escenas de un episodio importante de la historia reciente de nuestro país». Él estuvo de acuerdo y, a pesar de encontrar ahora molestos muchas de las reflexiones y un lenguaje espontáneo pero ingenuo, no cedió a la tentación de corregir el texto (tan sólo algunos adjetivos); los cambios, no obstante, no estaban en el interior sino en la portada de la obra: la edición del exilio mostraba una foto de un detenido cara a la pared y un policía apuntándole por detrás; en la edición de la democracia lo que vemos es una foto de varias personas de rostro conscientemente desenfocado, como pintado a gruesas pinceladas impresionistas, enmarcando las letras del título en el centro. Ambas son legítimas pero responden a modelos de intervención política y social muy diferentes: de denuncia, la primera; de memoria, fenomenológica, de recuperación afectiva del pasado en el presente, la segunda.

El testimonio tiene un tiempo y un contexto específicos, fuera de los cuales es difícil o problemático ubicarlo en todo su sentido. En consideración similar de hacer una lectura de la violencia golpista desde el exilio en clave económico-social, antifascista, se encuentra la obra del periodista Rolando Carrasco, *Prigüé*, (Prisioneros de guerra) (Moscú, Novosti, 1977), prologada por el secretario general del Partido Comunista de Chile, Luis Corvalán.

11. Alejandro Baer, *Holocausto. Recuerdo y representación*, Losada, Madrid, 2006, pp. 25-32. Manuel Castells, *La sociedad red: Una visión global*, Alianza, Madrid, 2007.

Ambas fueron testimonios concebidos como arma de combate peculiar, en el exilio, que circularon entre los exiliados y tuvieron efectos a corto plazo muy importantes (identificar detenidos, documentar la existencia de los campos) pero también a largo plazo desde el momento en que se erigen en depósito y salvaguarda de lo que los militares estaban arrasando, esto es, el legado izquierdista de la Unidad Popular, hasta que la situación cambiara en futuras generaciones; por eso algunos testimonios estarán escritos en primera persona del plural, en un «nosotros» identificativo de la totalidad que trasciende al «yo». Es un testimonio militante, que denuncia la condición política de la tortura (les torturaban por «subversivos»), entendiendo que dicha acción es la mejor manera de combatir el totalitarismo. Por esa razón dice Todorov que la memoria tiene tanto prestigio entre los enemigos de todo totalitarismo: porque supone la reconstrucción del pasado como acto de oposición al poder¹². Esta característica cambiará en los años ochenta en, por ejemplo, el *Informe de Amnistía Internacional (La tortura en Chile. Informe de Amnistía Internacional*. Madrid, Fundamentos, 1983) o el de la Vicaría de la Solidaridad, *¿Dónde están?*, de 1978. Ambos textos, importantes, fundacionales realmente, desplazarán la condición política militante a la humana emocional, estrategia que va a desdibujar la carga de denuncia a favor de una reconciliación nacional y un paradigma de derechos humanos: describen en detalle la tortura pero no condenan explícitamente al régimen torturador; el código plástico se centra en los rostros individualizados de los desaparecidos –algunas fotos incluso proceden del álbum familiar-.

Ya en los años noventa no queda prácticamente nada de la antigua confrontación militante del discurso del exilio chileno, pues la tendencia hegemónica durante los Gobiernos de la Concertación –informe de la Comisión Rettig (1991)- es, profundizando en la identificación con los derechos humanos, desarrollar una política de memoria que no atiende a los supervivientes, y no otra cosa sino supervivientes eran los testimonios de los exiliados de primera hora.

En definitiva, las violaciones de los derechos humanos van a quedar fuera de coordenadas temporales, políticas, históricas; de modo que las políticas de la memoria tenderán a la individualización y a la abstracción del testimonio. Tampoco el Informe Valech (2004) sobre prisioneros políticos y torturados, de los que no se había ocupado la Comisión Rettig anterior, con prólogo del presidente socialista Ricardo Lagos, modifica la nueva concepción¹³.

12. Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 2000 (1995), pp. 18-19.

13. Jaime Peris Blanes, «Usos del testimonio y Políticas de la Memoria: el Caso Chileno», en José Babiano (ed.) *Represión, derechos humanos, memoria y archivos. Una perspectiva latinoamericana*. Fundación 1º de mayo-Ediciones GPS, Madrid, 2010, pp. 166-69.

La conocida *Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile* (Barcelona, Ariel, 1974, y LOM/Cesoc, Santiago de Chile, 1996) del escritor Hernán Valdés, merece un pequeño comentario por su significación en el cambio de modelo aludido. El carácter íntimo está asegurado, no se trata sino del diario de un detenido torturado desde el 12 de febrero al 15 de marzo de 1974 en el campo que le da título, de un «residuo flotante» en su propia y lastimera definición¹⁴. Pero también lleva denuncia y crítica a la dirigencia popular que transigió con el enemigo o huyó «a la desbandada»¹⁵. Este testigo de primera hora, sorprendentemente no será convocado por la Comisión de Tortura Política a dar testimonio -ahí está el giro- siendo que dicha comisión sí utilizó su *Tejas verdes* como fuente informativa. Bajo la excusa de que el interesado debía ponerse en contacto y haber estado inscrito en el Consulado chileno (cosa harto improbable en un exiliado que no había regresado a su país para nada desde que tuvo que abandonarlo).

La Argentina dictatorial es otro campo importante para ver cómo las sociedades se enfrentan a su historia reciente, pero a diferencia de Chile, hay menos espacio, o no lo hay, para reivindicar la dictadura militar: el hundimiento económico, la fortaleza de las organizaciones de derechos humanos, el desastre de la guerra de Las Malvinas y la no presencia política de un comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (como Pinochet en Chile) lo explican. Sin embargo, las etapas de memoria, son, en esencia, las mismas que en el país vecino: una primera abarcadora de la teoría de los dos demonios, ya asentada en el Informe de la CONADEP, que «iguala» la violencia montonera tardoperonista y el terrorismo de Estado de la Dictadura; una segunda, colmada con la teoría de la reconciliación nacional y el acento en la lucha por los derechos humanos –lo más básico de los derechos humanos, eso sí- (Menem); una tercera sobre el boom de la memoria, cuya fuente privilegiada entre los historiadores es los testimonios y la historia oral (muy resistida por los historiadores más privilegiados); y, finalmente, la última en que parece redescubrirse la existencia de otras fuentes, escritas, desordenadas y vetadas al acceso muchas veces, pero que ya estaban ahí (los militares destruyeron muy bien muchas, desde luego), de modo que la idea de que no había fuentes para historiar eso es errónea; en consecuencia, asistimos a una especie de viraje, de pasaje de la memoria a la historia especialmente entre la generación de historiadores que eran unos niños cuando el ‘Proceso’ y no lo vivieron o lo hicieron tangencialmente.

14. Hernán Valdés, *Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, LOM/Cesoc, Santiago de Chile, 1996, p. 19.

15. *Ibid*, pp. 30-31.

Son suficientemente conocidos los intentos de solución y cierre -de sutura- con la aprobación de las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Cierre incompleto, en realidad, abierto. De ahí que memoria es recuerdo y olvido juntos, no sólo recuerdo, es una reconstrucción cultural. Encarar las violaciones de los derechos humanos y centrarse en las víctimas (=voz silenciada) fue lo prioritario del proceso transicional. La apelación al derecho convirtió a la víctima en sujeto de derecho, cuya voz habría de ser escuchada y reconocida por los competentes en dictar sentencia y también por la sociedad. Sólo más tarde el desfase entre público que pedía derechos y justicia y lo más estrictamente académico parece cerrarse.

En España la eclosión de los estudios sobre la Memoria es simultánea a la de otros lugares. Desde los años noventa ha girado alrededor del recuerdo de los vencidos de la guerra civil (peculiaridad evidente con respecto a los territorios latinoamericanos pues la guerra de las Malvinas no sería comparable). Aquel recuerdo fue sistemáticamente silenciado por la historia oficial de los vencedores; pero con el advenimiento de la democracia los medios de comunicación empezaron a prestar atención a esos olvidados, lo mismo que los académicos a investigar la represión; sin embargo, como, simultáneamente a este reverdecer en la conciencia colectiva, el Estado no puso en marcha políticas de memoria (sin duda el «fantasma» amenazante de la guerra civil ahogó iniciativas), los medios se cansaron de registrar los avances académicos y parecía que la memoria de las víctimas no duraría más allá de su supervivencia física. La reciente Ley de Memoria Histórica (Ley 52/2007 de 26 de diciembre, BOE núm. 310) ha venido a satisfacer un deber de justicia y pedagogía democrática, como recuerda Carme Molinero¹⁶.

Pasemos ya a analizar algunas de las obras del citado Programa autonómico aragonés ´Amarga Memoria`. La joya de la corona posiblemente sea el testimonio de Mariano Constante y Manuel Razola, *Triángulo azul*, un título expresivo del desamparo de esos españoles republicanos derrotados por el fascismo y declarados apátridas por el mismo (triángulo azul en el uniforme rallado del campo de exterminio), reeditado en 2008¹⁷.

La presentación de tan solo dos páginas, a cargo del Departamento de Educación, Cultura y Deporte, aclara de inmediato su «objetivo esencial»:

«la recuperación del patrimonio, tanto material como inmaterial, del período comprendido entre la proclamación de la II República y la recuperación de las libertades democráticas», además de «recuperar y difundir la memoria de aquellos exiliados, emigrados o deportados que se vieron obligados a

16. Carme Molinero, «La Transición y la ´renuncia` a la recuperación de la ´memoria democrática`», *Journal of Spanish Studies*, 11: 1, 2010, p. 34.

17. Mariano Constante y Manuel Razola, *Triángulo azul: los republicanos españoles en Mauthausen*, Gobierno de Aragón, Departamento de Educación, Cultura y Deporte, Zaragoza, 2008.

vivir fuera del país» (...) «desgarrador relato de algunos de los republicanos españoles que sobrevivieron a uno de los campos de concentración más terribles de la Alemania nazi. A través de las palabras de estos deportados es posible empezar a conocer, que no comprender, el infierno que fue Mauthausen».

El lector queda advertido de que se enfrentará a «un libro duro, a una verdadera fotografía del horror. Pero también a la historia de personajes anónimos convertidos en héroes de una lucha cotidiana contra lo más depravado del ser humano. Los testimonios nos hablan de ejemplos de solidaridad colectiva, pequeños hurtos al avituallamiento de la SS, y una potente organización clandestina como clave de la supervivencia de los españoles que sobrevivieron a la muerte en Mauthausen y sus subcampos. Reconoce a continuación que «hoy en día, a través del testimonio de los deportados supervivientes conocemos parte de lo sucedido en los campos de concentración nazis. Sin embargo, es imposible llegar a imaginar el grado de sufrimiento que vivieron sus ocupantes, a pesar de leer las narraciones tan detalladas que se recuperan en este libro»¹⁸.

El 'Prólogo a la presente edición', no mucho más largo, lo firma Juan M. Calvo, de Amical de Mauthausen¹⁹. Aunque el autor, Mariano Constante, va a explicar la gestación del libro unas pocas páginas más adelante, el prologuista considera de justicia destacar ya la ayuda de la Amical parisina (Emile Valley, Pierre Daix, el matrimonio brigadista formado por Arthur London y Lise Ricol, checo él y de origen aragonés ella), auxilio que resultó determinante para la salida de la primera edición –en francés– en 1969. Para la edición española diez años más tarde en la editorial Península es «preciso destacar la ayuda imprescindible de la Amical parisina para el conocimiento y difusión–en aquellos años de transición política y de recuperación de las libertades democráticas, pero también de sacrificios y renunciaciones personales y colectivas– de la dolorosa y terrible experiencia que miles de compatriotas sufrieron en el campo nazi de Mauthausen (Austria) desde agosto de 1940 hasta mayo de 1945». Siguen unas 'Precisiones y explicaciones de su redacción', por Mariano Constante, fechadas en Montpellier, 2007²⁰. Dice que la amistad y fraternidad con Manuel Razola continuó después de los cinco años de cautiverio en Mauthausen: se veían «con frecuencia» en las reuniones de la Amical parisina. Fue así como decidieron en 1950 redactar un «libro testimonio» de ese período con todas «las peripecias pasadas en aquel antro, las torturas y la muerte de la mayoría de nuestros compatriotas entre las manos de los malditos SS. Enviamos cartas explicativas a todos los exportados españoles solicitando

18. *Ibid*, pp. 5-6.

19. *Ibid*, pp. 7-10.

20. *Ibid*, pp. 11-12.

su participación. Pocas semanas más tarde teníamos la respuesta, casi total, de todos ellos, que nos aportaron sus testimonios, andanzas y sufrimientos en el campo». Él se encargó de la corrección y traducción, ayudado de su compañera francesa. Lo presentaron a Gallimard y fue «un éxito histórico en París». «El deseo nuestro -asegura- era el de no olvidar nada de nuestras luchas y sacrificios en el campo de la muerte. Hubo muchos problemas para llevar a buen puerto aquel trabajo, pero conseguimos que nuestro denuedo fuese satisfecho con el fin de que nadie quedara olvidado». Rozando los 88 años de edad en el momento de esta edición en su tierra (2007), el octogenario luchador se mantiene firme en sus ideales de juventud: «pienso que es un deber el aportar mis testimonios que son los de todos los republicanos españoles allá donde el destino los condujo a mostrar su voluntad de luchar por una justa causa».

Finalmente, antecede al cuerpo del texto un Prólogo de Pierre Daix²¹ donde reconoce que los españoles fueron, después de los polacos, los primeros prisioneros en llegar a ese campo de categoría III «¡la más espantosa!, *Vernichtungslager*, un campo de exterminio»; y que justamente los españoles republicanos eran para los alemanes el prototipo de adversario a eliminar. Una cosa importante que reconoce es la organización clandestina de resistencia que lograron poner en marcha, «a la que yo debo la vida»²², justificando que si no es más conocida es por haber actuado en compartimentos estanco. Alude a las dificultades para publicar esto de más de veinte años, sin profundizar en las causas.

La cuestión de las fases del recuerdo, unido a una presunta tardanza en la publicación del testimonio, cuya plasmación por escrito es sentido por sus protagonistas como una necesidad, una obligación o un derecho de seguir contando, toca sustancialmente la propia naturaleza y legitimidad del mismo. Cuando el acto de escribir es concebido como una terapia, como expropiación hacia afuera de una carga emocional excesivamente pesada, el retraso en ver la luz será todavía más doloroso. Porque lo que ya pasó puede volver a pasar si no ha dado tiempo a contarlo. Pero a veces lo que ocurre sencillamente es que el destinatario social no se muestra en absoluto dispuesto a escuchar y reflexionar; no se reconoce en lo expresado o juzga excesivos los juicios de los autores. Ciertamente, después de una dictadura o una guerra reciente habrá otras prioridades distintas a escuchar, al hacerse eco del drama de estos depositarios y guardianes de una memoria, por lo demás, imprescindible. A comienzos de los noventa el embate fuerte del neoliberalismo pedía amarres, anclajes, indultos en las sociedades del Cono Sur. Pero la tranquilidad era sólo aparente: HIJOS en Argentina, y en todo momento Madres y Abuelas de Plaza de

21. *Ibid*, pp. 13-19.

22. *Ibid*, p. 15.

Mayo, y organizaciones de recuperación de la memoria, en Francia, en Italia, en España actúan de promotores de una memoria desde la cual poder hacer justicia a las víctimas de las dictaduras, a los familiares de los detenidos-desaparecidos, a los republicanos españoles que defendieron los valores democráticos en la Francia colaboracionista de Vichy. Es decir, los guardianes de la historia ya no son los mismos –difícilmente podían serlo– y es otra generación, habitualmente la de los nietos –caso claro en España para la Guerra Civil– la que exige saber. En consecuencia, la visibilidad pública ganó nuevos espacios y los debates aumentaron (en Argentina el capitán de navío Scilingo se atrevió a relatar públicamente los vuelos de la muerte; el general Martín Balza hizo un llamamiento a la autocrítica militar... sin ningún efecto), lo cual no aseguró que a la conmemoración de los treinta años del golpe el «cierre» de memoria hubiera funcionado. Primo Levi (1919-87), «el testigo sin descanso» en calificativo de Antonio Muñoz Molina, escribió compulsivamente desde recién recuperadas las fuerzas a su salida de Auschwitz, de modo que en 1946 ya tenía listo el manuscrito de *Se questo è un uomo*, pero tardó mucho en encontrar editor. Einaudi se lo rechazó y el libro salió en una editorial pequeña que veinte años después aun tenía almacenados varios centenares de los escasos dos mil quinientos ejemplares que imprimiera. Afortunadamente, Einaudi rectificó y fue entonces un éxito grande; pero el riesgo de resultar anacrónico según pasa el tiempo y, en consecuencia, no ser escuchados por los jóvenes está ahí²³.

Volviendo al prólogo de Pierre Daix, merece resaltarse su ubicación de los narradores en el tiempo, pues en su opinión no se han visto obligados a esperar que el tiempo despeje tal o cual caso individual, «no eran depositarios de ningún secreto que tuviesen la obligación de guardar. Tan sólo lo eran de una verdad a la vez histórica e internacional, es decir, sin manipulación alguna»²⁴. Él mismo, autor de la novela *La dernière forteresse* (1950), demoró un quinquenio darla a la estampa creyendo que así podía relatar más del 50% de la información, a diferencia de los libros que le precedieron que alcanzarían en torno al 25-30%. Ahora, en cambio, ya no piensa eso: por entonces no se preguntaban cuál era el sentido de la acción de recordar y compartir el recuerdo: eran los vencedores del fascismo y del terror, salieron sin contaminarse de la deshumanización. No obstante, ha de reconocer con pesar que después compañeros de deportación van a ordenar, practicar la tortura y justificar su uso sistemático en las guerras coloniales y en Argelia, lo mismo que con el estalinismo van a ratificar desde puestos oficiales importantes confesiones manipuladas que transformaban a las organizaciones de resistencia en los campos en que

23. Mariano Constante y Manuel Razola, *Triángulo azul...*, p. 15

24. *Ibid.*, pp. 16-17.

habían militado, en «antros de la Gestapo»²⁵. La aportación del francés a la edición actual de *Triángulo* se limita a haber hecho alguna sugerencia y a algunos párrafos mostrados en cursiva. Algo importante es que a petición de Pierre Nora, celebrado autor de *Les lieux de mémoire*, ha sido escrita expresamente la introducción al libro para poner al corriente al público francés en los testimonios vitales de los autores entre su llegada a Francia y su deportación²⁶. Las fotos son originales tomadas por las SS que dos deportados españoles, Antonio García y Francisco Boix, sacaron del campo. Fallecido pocos años después, a los treinta de edad, el francés estudioso de Picasso no ha olvidado a Boix: «Teníamos la misma edad y estábamos en el mismo barracón. A menudo he pensado en él mientras llevábamos a cabo este trabajo»²⁷. El coautor del libro, Manuel Razola (Guadalajara, 1909) es un campesino al que en agosto de 1938 se le trasladó a una unidad de asalto. El aragonés Mariano Constante (1920-2010), por su parte, hijo de maestro rural, se ha fugado en 1937 de las cárceles franquistas; joven teniente, así cruza la frontera. Patricio Serrano (Madrid, 1917) ebanista y también teniente, llegará al campo en diciembre de 1940 y en 1941 será trasladado a Gusen. Razola empieza por los números: más de quinientos mil hombres, mujeres y niños pasaron a Francia en febrero de 1939 convencidos de haber perdido una batalla importante, pero «muchos de nosotros pensábamos que nuestra guerra no estaba aún perdida». Pronto cayeron en la cuenta de que no, que Francia no les acogía como habían creído ni merecían²⁸. Les dejaron durante semanas y meses enteros en las montañas aún cubiertas de nieve, sin más resguardo que la manta de toda la guerra, relata un Razola que nos aparece todavía aterido de frío. «Los objetos personales... nos eran arrebatados a la fuerza o comprados por un cacho de pan»²⁹. La única opción era servir en la Legión extranjera o en los Batallones de trabajadores (en la industria de guerra o las fortificaciones de la línea Maginot), si no, regreso a España. Había que resistir, claro, pues al otro lado de los Pirineos ya se sabía lo que uno iba a encontrar, y por el otro lado se estaba experimentando que el francés era un gobierno de capitulación. «Con las armas en la mano, hemos hecho lo mismo que los soldados franceses» insistirán machaconamente³⁰. Mariano Constante

25. *Ibid*, p. 18.

26. *Ibid*, p. 19. Empleados en los laboratorios fotográficos del campo, ambos los sustrajeron y escondieron con riesgo de su vida, por orden de la organización clandestina española, para servir posteriormente de testimonio de la naturaleza del nazismo. Boix las sacó al exterior, pudiendo *a posteriori* ejercer de testigo de cargo –el único español– en el juicio de Nüremberg.

27. *Ibid*, p. 22.

28. A algunos los metieron en el que llamaban ‘campo de Franco’, ellos les advirtieron que serían fusilados apenas volvieran, que es lo que ocurrió las más de las veces. Habla de que les apiñaban como a animales, comiendo y durmiendo al lado de las letrinas, y les mandaban construir barracones que «eran mucho peores que los campos de concentración alemanes». *Ibid*, p. 23.

29. *Ibid*, p. 26.

30. Concretamente se anunciaba la salida próxima de tres futuros libros en la ‘Colección Perfiles Ibé-

(1920-2010) es el testigo-autor en solitario de los textos que atraen nuestra atención a continuación. Empezaremos por *Los años rojos. Españoles en los campos nazis*, editado por ediciones Martínez Roca, S.A. de Barcelona a finales del franquismo, en octubre de 1974, bajo derecho del *Mercure* de France (1971). Estamos ante una obra «a caballo entre el reportaje directo, la denuncia de las peores degradaciones, como también de la cruel indiferencia de los aliados, y la picaresca más entrañable» (guarda interior). En 203 páginas divididas en cinco capítulos, Mariano Constante entra de lleno en su experiencia de combate, primero en España, 1936-39; luego prisionero en Francia a la edad de tan sólo 17 años; sigue como prisionero de los alemanes; el cuarto capítulo se extiende sobre el III Reich; y el último acaba con K.L. Mauthausen. Sin introducción, ni epílogo o balance, nada más que el texto original sin añadidos, con un estilo vívido, «despreocupándose de galanuras literarias a favor de la eficacia expresiva y del rigor histórico» (guarda interior). La mayor carga emotiva del libro tiene en realidad naturaleza gráfica y será la primera toma de contacto con el lector. Se trata de la portada, sumamente impactante: un cuadrado blanco atravesado por una alambrada de púas en cuyo centro hay una gran cruz gamada roja. Enmarcando dicho cuadrado, otras dos líneas blancas alrededor confiriéndole profundidad. Fuera del motivo gráfico, y con fondo ya todo negro, título y subtítulo en letras blancas arriba, y nombre del autor, abajo. En la contraportada, el mismo cuadrado blanco –sin alambrada ni esvástica ahora- enmarca un texto que recuerda, entre otras cosas, que el libro se enmarca en el tipo de escritos que sólo han comenzado a ver la luz cuarenta años después de haber acabado la guerra civil: «los que rescatan para nuestra memoria colectiva el testimonio de los vencidos, indispensable para el conocimiento de un pasado histórico», porque la trayectoria vital del autor, Mariano Constante -al igual que la de otros muchos- fue un símbolo épico de la lucha contra los fascismos:

«Protagonistas lúcidos de unos acontecimientos que siguen gravitando sobre nosotros, esos hombres desfilan con su cortejo de luces y sombras, de debilidades y grandezas, para recordarnos desde estas páginas la lección permanente de quienes supieron fundir en todo momento y circunstancia su peripecia individual con la dinámica de la historia».

ricos`, dos de los cuales pertenecen al género testimonial: *Los que sí hicimos la guerra*, de Eduardo Pons Prades, presentada como «Una obra testimonial que recoge las experiencias personales del autor y las de los numerosos héroes anónimos que abandonaron España en 1939; su deambular por los «Campos de Trabajo» de Francia y las cárceles de Suiza e Inglaterra, para caer finalmente en poder de las tropas alemanas». El otro, escrito por Francesc Viadiu Vendrel, lleva por título *Ardorra: cadena de evasión* y es la historia de un republicano español que sirvió al Intelligence Service británico organizando una red que ayudaba a pasar la frontera a los pilotos aliados caídos en la Europa nazi. Mariano Rojo, *Los años rojos: españoles en los campos nazis*, Martínez Roca, Barcelona, 1974.

Al texto le acompañan treinta y seis fotografías repartidas en ocho páginas intercaladas, cuyo contenido abarca desde su más temprana niñez, fotografiado con sus padres y hermanos, hasta escenas de la guerra civil española, con compañeros en campos de Francia, cartas, documentos de identificación personal, fotos de prisioneros españoles, instalaciones del campo de Mauthausen, instantáneas de miembros de la organización clandestina española que actuó en dicho campo, como Pagés y Lavín.

Muy diferente será la portada de la edición del año 2000, publicada en Zaragoza, la capital aragonesa, por la editorial Pirineo: la imagen oficial convencional representativa de la II República (mujer tocada con gorro frigio y portando la balanza, bandera republicana ondeando a su espalda y león al lado izquierdo). Otra novedad significativa es el cambio del subtítulo: ya no se llama «Españoles en los campos nazis», sino «*Holocausto de los españoles*», con un matiz de sacrificio moral y no sólo político. El contenido, no obstante, es idéntico al anterior, sin cambiar ni una coma. La única diferencia es que todavía esta edición es más «diáfana», el texto en sí y nada más: no hay ninguna foto, ni comentarios anónimos, pero de la editorial, en las guardas, ni anuncio de próximas novedades, cosa que sí ocurría en la citada edición de Martínez Roca de 1974³¹. Otra edición de *Los años rojos*, la de 2004 en Círculo de Lectores, recupera el subtítulo de «Españoles en los campos nazis». Sin cambios significativos, merece la pena analizar el prólogo («Un héroe joven») firmado por el escritor Antonio Muñoz Molina, reciente novelista de *Sepharad* y, a la sazón, director de la Colección 'La Memoria del Siglo' en que se enmarcó. Señala que la clave del atractivo para el lector reside en la naturaleza paradójica del libro pues narrando atrocidades y hechos cruciales de la historia europea del siglo XX, «a la vez tiene algo de antigua novela de aventuras, de esas novelas, para ser exactos, en las que un muchacho de corazón generoso se lanza a descubrir el mundo y se encuentra en él la amargura de la experiencia, pero también la embriaguez del coraje y el tesoro íntimo de la maduración personal»³². Las «energías adolescentes» que acierta a ver Muñoz Molina en Mariano Constante y ese «valor que tiene algo de la inconsciencia de los años» (16 cuando ha de huir; 25 cuando le liberan), hacen que sus recuerdos, aun siendo naturalmente sombríos, no tengan «la exasperación o la negrura absoluta de los testimonios de otros supervivientes»³³. Las convicciones políticas firmes, aplicadas día a día en lo posible a través de la citada red de ayuda clandestina organizada por los españoles republicanos en Mauthausen, fueron, justamente, el asidero fundamental de Constante, a diferencia de otros como Jean Améry o Primo Levi en Auschwitz.

31. Mariano Constante, *Los años rojos: españoles en los campos nazis*. Prólogo de Antonio Muñoz Molina. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004, p. 11.

32. *Ibid*, p. 12.

33. *Ibid*, p. 13.

Las consecuencias, entonces, son evidentes: el relato del cautiverio del español «no es un largo infierno que se sufre pasivamente, sino una lucha sin descanso en la que la derrota es la condición más común, pero en la que también suceden pequeñas victorias, actos de resistencia, de rebeldía tenaz, de sabotaje contra los verdugos».

Por el momento delicado de la publicación y la significación progresista del sello editor, merece la pena que nos detengamos un poquito a analizar ambos elementos de la edición anterior. A la sede de Martínez Roca llegaron en los años setenta noticias por boca de un republicano español de la existencia de unos libros en francés que trataban de la deportación de los españoles a campos nazis. Precisamente, un hermano del editor se había exiliado a México tras la guerra civil y su hijo, Manuel, era republicano. Ambos datos, revelados a Constante en Barcelona, le agradaron mucho, y posiblemente le animaron a facilitar extraordinariamente la aparición de su libro en España, de modo que aunque tenía firmado con Mercure de France un contrato cuyos derechos ascendían a cuatro millones de francos, extremo que el autor desconocía hasta entonces, en un acto de generosidad renunció por completo a sus derechos en español. Él mismo, además, hizo la traducción que hubo de presentarse a censura hasta cuatro veces. Afortunadamente, el censor principal, un general jubilado de la guardia civil «recolocado» en ese puesto, era un familiar lejano de los editores. No obstante, ya Constante se había autocensurado eliminando ciertos pasajes del original francés, pero a cambio incluyó fotos. La presentación del libro, retrasada varias semanas, la llevó a cabo en el otoño de 1974 el escritor Domingo Pastor Petit, en una gran librería de la plaza de Cataluña y en los grandes almacenes *El Corte Inglés*. Fue entonces cuando le presentaron a Constante a otro escritor, Jesús Torbado, autor de la ucronía *En el día de hoy* (1976), coautor con Manu Leguineche de *Los topos* (1977), y periodista en activo en Televisión Española, muy interesado en llevarlo a Madrid para entrevistarle, «cosa que me parecía imposible» asiente aquél con incredulidad. También conoció al gran Manolo Vázquez Montalbán, hijo de un vencido de la guerra civil, y, desde luego, le acompañaron los compañeros de deportación, y la escritora Montserrat Roig, del Partido Socialista Unificado de Cataluña clandestino, a la que ya conocía de antes, y con la que sentía evidente afinidad ideológica aun cuando él ya no militara en el Partido Comunista de España. Su lealtad republicana seguía siendo la de los tiempos bélicos:

«No era la satisfacción personal de verme tratado como escritor la que tenía ese día, sino el deseo de que se supiera a través de mis relatos nuestro exilio, el de centenares de jóvenes españoles que habían consagrado su juventud a luchar por la dignidad del hombre; era comprobar que si durante más de veinte años se había ocultado

la masacre de los republicanos españoles de Mauthausen, a partir de entonces nuestra gente formaría parte de la historia nacional y que nada quedaría en el olvido»³⁴.

El éxito de ventas llevó a una segunda edición, cuya presentación Constante prefirió de acento local. Así, la editorial lo llevó a Zuera (Zaragoza) donde vivían sus padres. Una vez en la capital supo del grupo de universitarios de izquierda que había fundado y estaba manteniendo la revista *Andalán*, y de la portada de *Triunfo*: él mismo en traje de presidiario *Rotsparier* 4584. Lo siguiente fue la comparecencia en el programa de entrevistas «Directísimo»³⁵. Esta será sin duda la época más mediática del ex deportado, vivida con celeridad y jalonada de sensaciones agrídulces³⁶. La gota que colmó el vaso para Constante y le llevó a presentar la dimisión de todos sus cargos -recordemos que es un ex deportado que había pasado cinco años en el campo que ahora enseñaba trabajando en la cantera cercana y como ordenanza de los SS- fue la decisión de la Amicale francesa de sustituirle en ese menester por un deportado francés que apenas había permanecido allí diez días. A partir de este momento la colaboración de Constante con los medios españoles se intensificará: viaje a Mauthausen con el equipo de Televisión Española, e invitación al programa de debate *La clave*, «termómetro» de la Transición producida y presentada por José Luis Balbín. «Todo salió bastante bien» dejará escrito años después de esa sesión, a pesar de que su interlocutor fue nada menos que el hijo de Rudolf Hess. En un programa posterior (con el historiador franquista Ricardo de la Cierva) su presencia fue vetada media hora antes de su emisión.

La experiencia personal de trabajo y padecimiento la dejó marcada nuestro autor en *Yo fui ordenanza de los SS*. Publicada por Martínez Roca en 1977 (reeditada en Pirineo, 2000) la portada a todo color llama extraordinariamente la atención: dibujo de un oficial SS perfectamente uniformado que apoya sus botas negras sobre un montón de calaveras, las mismas que forman un camino cual línea de fuga curvada detrás de él, y portador de una capa de llamas rojas. Muy diferente, desde luego, a la cubierta de la edición a caballo de siglo: fotografía de un oficial uniformado

34. Mariano Constante, *Tras Mauthausen*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2007, pp. 245.

35. *Ibid*, pp. 239-52.

36. Obtención de sanidad pública y otros «privilegios» en Francia, donde se había nacionalizado (en España tenía pendientes varias causas penales franquistas y nunca llegó a residir); llamados a conferencias y pláticas varias; contacto con la nieta de D. Miguel de Unamuno (¡todo un símbolo contra el autoritarismo!); actividad de guía de Mauthausen para historiadores, escritores y productores de televisión, cada vez más interesados en dar a conocer; boda de su hija Catherine, recién licenciada en Lengua y Literatura hispanoamericana por la Universidad de Montpellier, con un refugiado político chileno, uno de los que huidos de Pinochet ella ayudaba a instalarse en Francia; primeros pasos de la Amicale en España, iniciativa a la que destinó los beneficios de su segundo libro; pero también padecimiento de la llamada «astenia de la deportación»; y, especialmente doloroso, incomprensión de ciertos sectores con acusación de afán de protagonismo especialmente desde la publicación de *Triangle bleu* y de *Les années rouges*. *Ibid*, p. 254, 260-61.

sin cabeza ni pies ligeramente de perfil que agarra del collar a un perro pastor alemán –símbolo de represión pero el animal no está en actitud amenazante- y en segundo plano y algo desplazado al lado contrario del militar la foto parcial de un preso con el pecho desnudo, el rostro mirando hacia el espectador sin la mirada visible. Las «Palabras previas» de Eduardo Pons Prades en la primera obra (del XIII Batallón de Marcha), encarecen el valor testimonial de un «documento incontrovertible» particularmente para las generaciones de jóvenes. El Instituto Bibliográfico de Aragón guarda un ejemplar donado por del ex «ordenanza» con una dedicatoria escrita de su puño y letra:

«Para la Biblioteca de Aragón, algunas páginas de nuestra historia defendiendo la libertad, la justicia y los derechos humanos. Y para que nada quede olvidado. Con toda mi simpatía. M. Constante. Abril 1995».

Constante acaba de fallecer en 2010, aparentemente en paz consigo mismo al haber obtenido la anhelada reparación de justicia franco-española³⁷. No siempre ha sido así según valida otro libro aragonés reciente³⁸, cuyo prologuista, Ricard Vinyes, recuerda la novedad de autoría sin peso institucional republicano, sino gente anónima de las clases subalternas, en los ochenta, momento del olvido civil e institucional. En 1990 uno de los hijos de Raimundo (fallecido en 1976), hizo entrega a Blanc de la copia de las libretas en que aquél había ido hilvanando sus recuerdos desde su niñez hasta los años negros. Ambos corrigieron el texto (v.g. suprimieron nombres de personas comprometidos y rebajó o anuló adjetivos («asesino», «matón»)), pero ¿tenían derecho a hacer una versión «políticamente correcta» del combativo comunista alcalde de su pueblo? Todo, según Blanc, para «no provocar ni crear más problemas de los estrictamente necesarios en una cuestión todavía candente, pese a los muchos años transcurridos»³⁹.

Hemos dejado premeditadamente para el final la experiencia aparentemente menos dolorosa pero igual de emotiva: *La guerra de los abuelos* de 134 niños y 141 informantes de un colegio de Secundaria en Huesca. El inquieto Enrique Satué Olivan se encargó de pedir colaboración

37. Reintegrado como oficial al ejército español, con derecho a jubilación y pensión militar (decreto del Presidente del Gobierno Felipe González), reconocimiento de plena ciudadanía española, concesión de la Medalla de los Valores Humanos del Gobierno de Aragón (2002, también el socialista Marcelino Iglesias); aprobación del grado de combatiente del ejército francés desde 1939, concesión de la Ordre de la Nation.

38. Raimundo Suñer Aguas, *De Calaceite a Mauthausen. Memorias de Raimundo Suñer (Calaceite 1905-Fumel 1976)*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz (Teruel) 2006.

39. *Ibid*, p. 14. La concesión del primer premio de Memorias bajoaragonesas convocado por el centro editor es lo que impulsó realmente la publicación, que incluye material gráfico propio local y algo del Museu d'Historia de Catalunya y Amical Mauthausen.

a las familias convencido de que no se puede estudiar historia sin empezar por la familiar⁴⁰, aunque todo el material se lo pasará a una ex alumna futura historiadora, Luisa Marco Sola. El punto de partida es en realidad una conclusión: la memoria de los sin voz pugna por ver la luz, dando satisfacción a una necesidad «vital y moral», sin importar mucho el procedimiento⁴¹. En el cap. VI «Hijos del duelo» la autora, consciente de la doble deformación que supone la transmisión a través de terceros, anota el valor de estas «batallitas» de los abuelos, transmitidas al calor de cocinas y salones durante generaciones y solo valoradas a partir de los ochenta y sobre todo los noventa (fundación importante de la revista *Historia y Fuente oral*, pero en Aragón es tardío). Una marca de vida, en cualquier caso.

40. Él llevaba a sus alumnos a ver «grafitis paleolíticos», hacían la revista *La Neurona*, cuyos beneficios entregaron a Unicef-Huesca; se escribían con alumnos de un colegio del sur de Chile; mandaban material sanitario a campos de refugiados en el Sahara; llamaban a intervenir durante el curso a padres, abuelos, emigrantes, especialistas, y leían alguna obrita de teatro.

41. Luisa Marco Sola, *La guerra de los abuelos (según alumnado del IES Ramón y Cajal de Huesca)*, Departamento de Educación, Cultura y Deporte, Zaragoza, 2004, p. 18. Un libro de su juventud que lo mismo citaba *in extenso* a Queipo de Llano -general fascista que sacó los tanques a la calle en Sevilla en 1936-, que aseguraba la piedad cristiana para Lluís Companys -presidente del Gobierno de Cataluña durante la II República- por haber dejado salir de Barcelona a más de cinco mil hombres de derechas, estaba reescrito al margen por lector(es) anónimo(s): «Traído por la Gestapo, fue fusilado en Barcelona. Dios no se lo tuvo en cuenta». El libro escolar se acompaña con dibujos a plumilla, poesías o canciones como el romancillo de las reclusas de Alcañiz. *Ibid.*, pp. 127-33. El final, unos versos de *Pido la paz y la palabra*, de Blas de Otero.